

EL EJE ZETA: LA MIRADA, LAS PERSPECTIVAS Y EL ESCOTOMA INTELECTUAL (descifrando los signos de lo sagrado)

Por Néstor Tato

Este texto sirve a modo de índice para muchos de los textos que produje en veinte años, los sintetiza y permite cerrar una larga investigación a partir de la autoobservación y el estudio de nuestros materiales.¹

Tres términos necesarios

Desde principios del siglo XX, los términos “mirada” y “perspectiva” han ganado terreno en el habla cotidiana pero el primero no goza de un significado definido. Pero ambos tienen una amplitud de uso de la que no goza el término “escotoma”.

El significado de “perspectiva” es más preciso que “mirada” porque se define según las precisiones de emplazamiento en el espacio que provee la percepción externa y, en todo caso, se aplican por analogía cuando se trata de referirse a cuestiones intelectuales. Pero en la vivencia interna no hay perspectiva porque el observador no tiene un emplazamiento fijo, toda mención a una perspectiva es en base a figuraciones de paisaje.

“Mirada” está estrechamente relacionado con “perspectiva” en tanto ésta es un elemento central de aquélla. *Una mirada implica siempre una perspectiva* porque ésta es el pivote en base al cual se estructura la mirada, que desde otro ángulo es el punto de vista. Pero la mirada resulta ser el ámbito de la perspectiva porque abarca la totalidad de los contenidos entretejidos o dispuestos por ésta y además, los posibles e imposibles.

En cambio, “escotoma” es un término que en oftalmología define lo que vulgarmente se llama “punto ciego”, que es un fenómeno normal que corresponde a “la zona de la retina de donde surge el nervio óptico. Esta zona del polo posterior del ojo carece de células sensibles a la luz,

¹ Todos los textos que citaré como míos pueden encontrarse en parquelareja.org/producciones/aportes. El marco existencial del tema lo abordé en dos libros, uno editado “La necesidad de una ética sabrosa” (Ed. El Escrib, Bs.As. 2008), y otro inédito “¿Sirve lo espiritual?”, que acaba de mutar a “Mundo y espíritu”, en ambos abordé desde distintos ángulos la situación que resulta ser el marco de nuestra existencia. El marco teórico general o, más bien la cosmovisión, está planteada en “¿Qué es la humanidad?”, publicado *La otra mirada* (Ed. Virtual, 1998, Sgo. de Chile). La teoría psicológica del Nuevo Humanismo está resumida en “Dinámica psíquica y trascendencia”, presentado como informe de lo estudiado durante la nivelación para el ingreso a Escuela. Puntualmente, partir de la introducción por Silo de los conceptos de paisaje de formación y compulsión para tenerlos en cuenta en la revisión de trabajos personales (Farellones, enero de 1991), comencé a interesarme en el fenómeno de la mirada. El primer texto sobre el tema fue “El emplazamiento humano en el mundo” (también incluido en *La otra mirada*). Después siguió “El tratado de la mirada”, que apuntaba a una brevísima guía práctica para revisar la experiencia y sus pasos. Finalmente, el tema plasmó en varios textos: “La mirada, estructura y direcciones” (2016) y “La revolución de la mirada” (ponencia al Simposio del CEHUM 2018), más otro que continúa el desarrollo pero no puedo dar a luz por haberlo presentado al 3° Congreso de Transdisciplinariedad en marzo 2020, que fue postergado.

tanto de conos como de bastones, perdiendo así toda la sensibilidad óptica.”² Hay otros puntos ciegos que derivan de patologías pero no interesan aquí.

El escotoma oftalmológico se compensa porque la visión se completa con la información de ambos ojos, se extrae del resto del campo visual e incluso por movimiento dirigido a tal fin. El paisaje está ahí y uno puede explorarlo en distintas direcciones.

Por analogía figurada, se puede decir que existe una suerte de escotoma intelectual que está *en la base* de la configuración del paisaje situacional, *se mueve con el paisaje*. Lo que no se ve por causa del escotoma, sencillamente *no se ve* aunque esté ahí lo que se tendría que ver (a veces, aún cuando fisiológicamente se está configurando como imagen), mientras se sostenga la perspectiva que estructura el paisaje. Y eso, puede durar una vida entera.

El posmodernismo aportó la noción que se expresa habitualmente como “el lugar desde donde se habla”, equivalente a la perspectiva del observador, el punto de vista o franja temática³. Ese lugar, si bien es teóricamente móvil, en términos existenciales es normalmente bastante fijo porque determina la identidad del sujeto del discurso en términos lingüísticos, que yo prefiero entender como *la experiencia que sostiene lo que se dice*, porque el lenguaje no es más que la articulación de medios de expresión del medio imaginario del individuo.

La evaluación constante por el sistema de ideación

Desde la teoría se puede entender que la estructura de la mirada, la mirada/paisaje, puede ser articulada a voluntad del sujeto. Pero en los hechos no es así, al menos espontáneamente.

El sujeto no es sujeto por casualidad sino que *está sujeto*. Cuando una persona se descubre a sí misma ya está sujeta. En principio, a lo que percibe, al mundo que la circunda y estimula constantemente. Un mundo que aparece compuesto por intenciones ajenas, por voluntades que determinan la experiencia de la persona. Ese descubrimiento puede ser temprano, en la infancia, o tardío. Es un evento histórico que depende de variables que la persona no maneja, inscriptas en su temporalidad, en su biografía.

La persona se descubre sujeta a un mundo que no es sólo lo que percibe alrededor sino que está moldeado por su emoción. El mundo no es un mundo neutro y dinámico sino que es un mundo *valioso*, que vale a cada instante. Y ese valor que aparentemente tiene el mundo, lo pone la persona. El ser humano es evaluación y valorización constantes: a cada momento sopesa lo que

2

https://www.google.com/search?q=punto+ciego&rlz=1C1MSIM_esAR903AR903&oq=punto+ciego&aqs=cchrome.0.69i59j0l2j46j0l3j69i60.1580j0j7&sourceid=chrome&ie=UTF-8

³ Ver “Acerca del punto de vista.

vive y lo hace desde lo que vivió, desde sus evaluaciones previas y las valoraciones que resultaron de ellas. Eso es la experiencia humana, *un valer continuo* que es evaluar y valorar⁴.

La matriz del mundo de cada cual es ese valer que determina la perspectiva que organiza el paisaje. Es la evaluación de los contenidos del paisaje que mecánicamente hace la mirada por asociación temática. Ese valer *activo* es lo que se conceptualizó como valores, tomando vuelo propio en el pensamiento objetivista, como si existieran por sí mismos.

Ese valer es el resultado, a cada instante, de la dinámica de ideación, del constante imaginar la conciencia el mundo, constituyéndolo con imágenes sensoriales tanto externas como internas, corporales, que son las que insertan y coordinan el cuerpo en el medio que lo circunda, disponiéndolo para la acción⁵.

Ese valer se da como actividad constante de la mirada, que es el corte que se puede hacer de un momento situacional en el que se pueden reconocer las creencias actuantes (las representaciones y sus cargas emotivas asociadas), los sentimientos en juego y las tensiones corporales o disposiciones posturales. Esto es, el sistema de ideación.

Las representaciones serán las más claras en cuanto a discernir estos elementos en la configuración del paisaje, porque lo reproducen constituyéndolo, fijándolo en la duración de la situación. Es por ellas que se puede reconocer la mirada que está actuando, la valoración que se ha hecho de la situación. Espacialmente, será el emplazamiento de los objetos representados los que determinen la perspectiva corporal. Será su valoración, lo que determine el emplazamiento emotivo, la facilitación o inhibición de respuestas y la posibilidad de rastrear biográficamente el origen de esos valores. Y esos valores no serán conceptos abstractos sino sentimientos reconocibles en la experiencia.

La variedad de lo que pasa en este aquí *que soy*⁶ es múltiple porque depende de la situación en que participo o co-creo, aunque la secuencia de vivencias ofrece algunas notas continuas que son las que permiten reconocermé, sosteniendo mi identidad.

“El yo” del acto y el acto sin “yo”

⁴ Esta concepción es netamente husserliana a partir de sus menciones en las *Investigaciones Lógicas*, su analítica de la temporalidad en *Lecciones sobre la conciencia interna del tiempo*, y su *Psicología Fenomenológica* (

⁵ Necesariamente tengo que reenviarte al “Dinámica psíquica y trascendencia” de la nota 1.

⁶ La necesidad de expresar conceptos teóricos desde la experiencia me puso en situación de tener que revisar mi modo de expresar mi experiencia. O mejor dicho, de tener que revisar qué me producía ese modo de expresarla, desde dónde miraba cuando me refería a mí mismo. Así nació “*El yo y yo*”, donde compilé todos los apuntes que fui tomando sobre vivencias de mí mismo y en el texto central porque es un punto de inflexión en mi pensamiento (“*Yo soy alma*”) intento reducir el fenómeno a su mínima expresión y lo único que sobrevivió al análisis bajo el rótulo de “el yo” fue el simple hecho de ser referencia a *algo que pasa aquí*.

La línea posterior de investigación transitó sobre ese carril, el de la “estructura acto-objeto”, pero enfocada como marco básico o estructural de toda vivencia⁷. Tratando de reflejar en conceptos *la vuelta radical* de la mirada sobre sí misma, la torsión del mirar sobre sí. Algo así como emplazarse en la cabina del piloto de un avión en el momento en que inicia un *loop* volviendo sobre sus pasos. Sólo que no hay avión y si bien el observador *puedo* ser piloto, la conversión que implica para la experiencia, el cambio radical que es tratar de convertirse en objeto del propio mirar no puede ser puesto en palabras y sólo el cambio de términos puede reflejarlo: el paso del mí a yo o, en términos comunes, del “el” yo al simple yo que vivo y enuncio. Desde otro punto de vista, se trata de omitir la mención del sujeto y sólo mencionar la acción. O sea, ni siquiera vale decir “yo miro”, sino que paso a *ser* un simple “miro”. El simple “miro” que soy en la realidad vivida, sin vivirme a mí ni darme cuenta de que miro en la espontaneidad del *estar vivo*.

Emplazarme en el punto de mira que exige cualquier verbo que pueda enunciar en primera persona me puso siempre *algo por delante*. El intento de ser simple acto borró la mención de “yo”, borró la copresencia de toda mención del acto y me dejó solo con el objeto.

Entonces “traduje” la teoría de los impulsos a la práctica vivencial y me quedó claro que *yo y el objeto somos una sola y la misma cosa*. Somos una estructura imaginaria dinámica donde ambos danzamos al ritmo del tiempo. Por lo general es la imagen/situación la que me lleva y a veces puedo proponer una dirección.

Es la síntesis que me queda de esa *intencionalidad que soy en el despliegue de mi vida*.

Voy y hago donde y lo que mis imágenes dictan. Mi libertad radica, en todo caso, en poder elegir las imágenes.

La conciencia y su referenciar al mundo

La conciencia forja el paisaje, concibe el mundo y a la vez, *me concibe*. Con la materia residual de las sensaciones que produce mi propia acción/interacción en/con el mundo, la conciencia teje una imagen de *esto que está aquí*.

Pero aquí *soy yo* y ese ser implica en primer lugar la creación de/con el mundo. El valor que surge en mí respecto de lo que me rodea, *lo que vivo*, me sujeta al mundo, me hace dependiente de él.

En primer lugar, es mi cuerpo el que *necesita*, siendo naturaleza, la naturaleza.

⁷ Es un itinerario que comenzó con “La respiración, el punto de vista y la imagen de sí: la reversión de la mirada” (incluido en “*El yo y yo*”, y luego pasa por “El telar humano”, “La internalización de la mirada” (también en “*El yo y yo*”) y “Yo y sus transformaciones”.

Luego está el *sentido*, que es el resultado de ese valer el mundo para mí y se codifica en complejos de imágenes sensoriales, externas e internas.

Frente a ese sentido *puedo* alzarme y utilizarlo de piso para otear el futuro y desprenderme del condicionamiento situacional.

Entonces puede surgir la posibilidad de soltar el mundo, reconocer el interés que me une a él y no dejar que me condicione, suspendiendo la mirada que me impone. Entonces puedo, con el mundo como trasfondo, reconocer la vida que se mueve aquí y las referencias hacia el mundo que a cada momento el cuerpo le imprime. Y *el reconocimiento de esas referencias* me permitirá reconocer la referencia única que las anima. Operado el reconocimiento de esas referencias una por una, puedo desprenderme de ellas y el punto de mira surge a la vez desnudo y dispuesto a llenarse de mundo a través de esas referencias, animadas como están a cada instante por el flujo⁸ de la vida.

El eje Z y la dinámica vital

El punto de mira no es *un punto* sino un *emplazamiento móvil*, algo que se desplaza como sobre una carrilera de cañón, una lanzadera de telar. Actúa como en un adelante entrelazando los datos espaciales, vinculándolos con y desde el cuerpo, lanzando hacia el mundo eso que vaga y difusamente experimento como yo en la acción, durante ella. Pero en la acción *no estoy*. Estoy *siendo hacer*, haciendo soy en el hacer, perdido en el objeto, desaparecido yo en la percepción porque la situación sobre la que actúo ocupa todo el campo de percepción. Mi vivencia de mí queda como en el trasfondo apenas sirviendo de retroalimentación, de materia para el pensar en copresencia que va trabajando, moldeando la situación.

El eje Z es un eje móvil, horizontal, que corre desde *el mundo-allí* hasta *el mundo-aquí*, que no son dos mundos sino dos regiones o dimensiones del mundo. Una que se abre hacia afuera del cuerpo, alejándose de él con sus horizontes; la otra que se abre hacia lo profundo pero también hacia un afuera en la mirada del observador, que se expande llevando los límites de mi representación al infinito.

En ambos casos está la mirada, mi mirada, que abarca el paisaje y lo sostiene sosteniéndome a la vez. Orientando mi acción con el punto de aplicación que está ahí, hacia el que se desplaza ese punto de mira que se convierte en vivencia de acción, que desde una suerte de adentro de mi cabeza se desplaza hacia un impreciso afuera que no puedo definir porque en la dinámica del hacer no puedo atenderlo. Pero sí puedo percibir una imagen de mí que se ha ubicado antes en mi representación de la situación, que se muestra *entre las cosas* y busca su lugar, ese lugar en el

⁸ Ver "La internalización de la mirada" en "El yo y yo", y "Yo y sus transformaciones".

mundo, llevando mi ser, provocando mi acción en la transformación que orienta. Es como una diapositiva desvaída que se lanza hacia el punto de aplicación y en el lanzarse desaparece, transformándose como la presencia de mí en esa nueva situación. Como si me hubiera “calzado” la imagen que la había preparado, con un resultado casi siempre imperfecto porque difícilmente resulta como la soñé. Pero cumplió su función de *llevarme allí*, aunque más no sea a ese otro *momento*, desde un pasado que ya fue hacia un futuro que preví, durante un presente en acción que ya se convirtió en pasado, modificando el pasado que había sido, el presente que ya no es siendo pasado y el futuro que podría ser a partir de la nueva expectativa que genera el cambio.

Con más o menos velocidad, con más o menos anticipación, con más o menos participación de mi decisión, de mi elección, de la selección de las imágenes que preparan la acción, ésta parece ser la dinámica constante de mi vida: del pasado al futuro a través de un presente. Tomando la copresencia de mi mirada, mi experiencia, mi memoria, como punto de apoyo, me lanzo al mundo como punto de aplicación. Puntos que no son dos sino quizás uno solo que se desplaza velozmente entre la copresencia pasada y la copresencia futura tejiendo lo que percibo. Entretejiendo lo que percibo afuera y lo que percibo dentro de mi cuerpo, entrelazando las sensaciones internas con las imágenes externas, cambiando el mundo y mi cuerpo en esa interacción.

El camino a lo profundo

En el esclarecimiento de la sensación de esa vida que fluye, al identificarme con ella podré hundirme en la fuente del flujo y suspender el pensamiento, alinearme con el centro de mi ser fluyente, retrocediendo a contracorriente, a caballo del mismo flujo, dejando el mundo de los paisajes conocidos para acceder a un más acá que es más allá, con la condición de que el punto se diluya en el nuevo paisaje.

En cada nuevo emplazamiento que toma en dirección hacia lo profundo, hacia atrás de mis ojos como yendo “hacia la nuca”, el punto se va desvistiendo de las referencias que lo invisten, y desde ese ser un complejo imaginario se va convirtiendo cada vez más en un punto desnudo. Voy abandonando el paisaje que habité, lo dejo en el trasfondo con la percepción de lo externo y mi atención se focaliza en *esto que vive*, en lo que siente y mira, abriendo una nueva región todavía imprecisa en las formas de sus contenidos y como entre horizontes o límites que la acotan: allí el mundo, aquí mis vivencias, y nada entre ambos horizontes en sombras, el externo y el interno.

Aquietada mi vivencia, perdido el mundo en la imprecisión de las formas del trasfondo, se abre “a mi espalda”, o por detrás de ese punto que se profundiza, o sucede que el punto cambia su

orientación, o el paisaje muta, da lo mismo cualquiera de estas posiciones porque una nueva dimensión se abre hacia el infinito en todas direcciones.

Mi copresencia es ahora el vacío que se abre entre este residuo de sensación que todavía soy y un horizonte que siento abarcando toda la periferia de ese ser residuo. Con formas o sin formas, se ha abierto la dimensión de lo profundo y hasta aquí llego. La vislumbre de lo “más allá” se abre a partir de este *borde* en mi experiencia. Se trata de lo que previamente puede ser visto o concebido como límite, pero llegando a él en la experiencia, se transforma en borde con el abismo o vacío que se abre.

Revirtiendo la dirección, montado en cualquiera de las referencias que he suspendido, puedo recorrer el camino inverso y entonces, con la vivencia retenida de la nueva visión a que accedí, volver al mundo pero con la vivencia de esa nueva dimensión que se abrió en la experiencia, *con el universo en copresencia*.

El escotoma y su rectificación

Por esta reducción vivencial adquiero una clara e inconfundible noción de que el universo no es *lo que veo sino cómo lo veo*. Y ese cómo, esa modalización de mi visión por mi concepción de las cosas, incluye *qué puedo ver*. Aquí es donde el escotoma intelectual, un vacío de imagen o más bien, una imagen vacía “bloquea” parte del paisaje e impide tomarlo en cuenta. Es en este punto en que el ruido se hace presente, cuando puedo echar mano de la teoría y recordar que toda imagen es traducción de sentidos, una pura ilusión. Cuando no está integrada con la sensación interna. Entonces contrastaré el valer del mundo que veo con el del que no veo *pero siento*, y del contraste surgirá la senda para nuevas indagaciones. Una primera salvaguarda frente a la ilusión que provoca el escotoma es esta contrastación entre la información con que cuento y la que tendría que tener. De ahí, el valor de la teoría y el conocimiento previo acumulado.

Para esto será útil considerar que así como hay un fenómeno que escotomiza el paisaje, hay otro que es la ausencia de sensación corporal en zonas que se encuentran bajo el peso de una tensión permanente, anestesiadas⁹. Quizás escotoma y anestesia sean las dos caras del mismo fenómeno, una su manifestación en el paisaje y la otra, en el cuerpo. Liberar las zonas anestesiadas permite incorporar contenidos que no se tenían en cuenta al restablecerse los lazos asociativos con que fueron grabados. Se integra el paisaje.

Visto desde el punto de vista que toma en cuenta las cosas como cosas, desde una mirada externa, la actitud espontánea o natural, hay cosas que no veo, sea porque cuento con ellas y son como transparentes o porque omito contar con ellas porque el olvido las cubre. Pero están y

⁹ Ver “La anestesia corporal”.

actúan porque su carga, la porción de sentido interno (lo que excluye los datos de cualquier sentido externo, aquello que hace de una cosa la cosa que es) o base cenestésica (configuración de imágenes de sentidos internos) está presente en el paisaje. En tanto imágenes, las cenestésicas ocupan su lugar en el espacio o, más bien, *constituyen* el espacio, le dan su base *material*.

La disposición postural e interna del cuerpo en una situación encuentra su primer condicionamiento en esa carga interna, el sistema de tensiones dentro del cual se genera la experiencia del mundo. La franja de intereses que resulta de esa actitud o disposición interna, condiciona la organización del paisaje, o sea su percepción, la mirada.

Pero esto es solo un punto de vista, el que busca la “causa” según el esquema objetivista que concibe al observador como separado de su mundo pero que resulta útil para llevar la mirada sobre mí.

Lo que soy y Eso que actúa

Esa actitud que determina la franja de interés en una situación, resulta de la experiencia, de las situaciones vividas que condicionaron y moldearon esa actitud. Pero tampoco aquí está la “causa”, porque el interés y su molde, la actitud, así como ésta y el mundo que provoca el interés, no corren en una sola dirección. No hay un antes una y después el otro porque coexisten. Desde la realidad de la dinámica continua, existe la situación con una dinámica del entorno y otra, aparentemente interna, de quien está sujeto a esa situación; ambas paralelas, interactuando, convergiendo y divergiendo, siempre entretejiéndose una con la otra.

Sí, hay un antes y un después; sí, hay un momento anterior que deviene en uno posterior a través de la coalescencia de la actitud y la situación que vive. Hay un paisaje con el que fluye una conciencia, configurándolo, sosteniéndolo, transformándolo aunque más no sea porque lo trae de ese antes a este después para proyectarlo más allá, hacia lo que todavía es solo posibilidad.

Es una situación la que cursa, en la que vive la persona, como una función de su circunstancia, como la posibilidad del mundo, su futuro.

Una circunstancia que no es de una persona sino de muchas. Si bien esa circunstancia no es compartida en una actualidad, en un momento determinado, lo ha sido en momentos anteriores y se proyecta a los posteriores. Son, entonces, muchas conciencias las que cursan una situación, comparten un momento que no es propio de cada una sino que pertenece a todas simultáneamente. Y que lo hacen incluso en el modo de la inactualidad, como experiencia transmitida, comunicada en la cultura, codificada en el imaginario colectivo que se recrea/reproduce/transmite/modifica de generación en generación.

Si ese momento es compartido, *es a la vez en todas y cada una*. Y si es a la vez en todas y cada una, si cada una de esas conciencias teje la realidad mediante flujos simultáneos *tejiendo el paisaje común*¹⁰, podemos preguntarnos si son las conciencias las que tejen o si es el flujo común el que activa el tejer de las conciencias. Si nos alzamos sobre esta visión que nos incluye superándonos, ya no es cada uno lo que importa sino *Aquello* que fluye a través de cada uno y todos al mismo tiempo.

No es el momento sino el flujo, y no son los flujos sino lo común, el tiempo, lo que es. Porque eso que es fluyendo en todos, es en todos y, por tanto, es ser universal. El Ser que Es.

Es sobre esta comprensión que puede responderse la pregunta sobre cómo puede ser que lo inmortal genere la ilusión de lo mortal. Pero también, en el polo opuesto, cómo es que *la vida es una función de las actividades*.

La mirada es como el obturador de una cámara fotográfica: según su apertura será la distancia focal y la profundidad de campo. Sumemos a esto las funciones digitales contemporáneas y tendremos todas las variaciones del paisaje que podamos imaginar.

Ahora, invirtamos el proceso de impresión, no se trata de una luz que se deja entrar sino de *luz que se deja manifestar*.

El obturador de la mirada humana no “se abre” a la luz del mundo sino que *proyecta luz en el mundo*. Pero esa luz no es propia sino que, ahora sí, su proyección dependerá de la capacidad del obturador de *abrirse a la Luz y mantener la apertura adecuada*.

En este punto del mantener la apertura, el escotoma mencionado arriba vuelve a hacer de las suyas. En cada una de las “estaciones” del punto de mira, o en cada una de las configuraciones imaginarias que yo asumo en mi trayecto sobre el eje Z, ese ser-referencia-de habilita el tránsito luminoso, la proyección de la Luz sobre el mundo, que es la misma configuración del mundo.

La perspectiva del mundo

El reconocimiento o no, más amplio o más restringido, de la experiencia interna; la creencia o no, más o menos amplia o restringida, en la posibilidad del sentido; la percepción o no, más amplia o más restringida, de lo que sucede *en mí, más allá o más acá de mí*, modalizan la proyección del paisaje que actúa mi mirada.

Reconocimiento, creencia y percepción son aspectos de la *actitud* que configura la perspectiva del mundo en que vivo, lo dota de franjas de fenómeno más o menos dependientes de mi experiencia. Pero también lo priva de ellas como consecuencia de la presencia del escotoma. En

¹⁰ Aquí tengo que reenviarte necesariamene al “¿Qué es la humanidad?” y “El emplazamiento humano en el mundo”, ambos en sus partes finales.

cada estadio del eje Z se modifican las configuraciones de imagen según su distancia con la percepción del mundo, que se encuentra siempre en cursando. Esas configuraciones de imagen tienen materia perceptual pero, en tanto esté suspendida la percepción, son *re-presentaciones*. Por tanto, puede haber elementos o franjas de materia perceptual obliterada en su representación; puede haber un encuadramiento erróneo del fenómeno en curso por no haber retenido o por haber omitido una configuración de emplazamiento anterior que determina la representación actual.

El mundo es mi experiencia y de ella depende. El mundo nos es común y será según sea nuestra experiencia común. El mundo *es más allá del paisaje, siendo más acá de él*, o siendo más bien, *un paisaje que se actualiza según la dirección de mi mirada que es lo que el mundo es aquí*¹¹. Y según sea esa dirección, *cambia y me cambia, o cambio mientras se transforma*.

A esta altura podrá percibirse que mundo y conciencia, mirada y paisaje, lo superficial y lo profundo, *no son más que emplazamientos de Eso que viviendo en mí, soy, más acá de lo que soy viviendo el mundo, y que aun sintiéndome yo, dejo de serlo para ser Eso que vive en mí y alienta en todo*.

Buenos Aires, 21/11-1/12/2020

¹¹ Ver “La paradoja conciencia-mundo... es un rulo”.